II.

Del Método de Adoración para los cuatro fines del Sacrificio.

IDEA DEL MÉTODO LLAMADO DE LOS CUATRO FINES.

Todo arte, además de los principios generales, tiene su método; es decir, una disciplina elemental, una cierta manera de proceder por medio de la cual se inicia á los discípulos al conocimiento de este arte, después á su práctica aplicada y, por último, á sus secretos y á su perfección. Santos y maestros ilustres han dado diversos métodos del gran arte de la oración, cuya excelencia queda bastantemente demostrada. Dichos métodos tienen caracteres comunes, los cuales tienen este doble fin necesarísimo: poner al alma en estado de glorificar á Dios por el homenaje de la Religión interior, después santificarse por la contemplación de las verdades eternas, el conocimiento de sí misma y la preparación de sus deberes. Ellas varían según el punto de vista especial que ha

dirigido á sus autores y el fin particular que pretenden obtener.

Cuando la oración tiene por objeto principal preparar al obrero de Dios para los buenos trabajos, ó armar al soldado de Cristo para los santos combates, el método exige mucho al trabajo del espíritu, por la reflexión, el discurso interior y el estudio: ella se dirige, sobre todo, á los resultados prácticos, á las resoluciones fuertes y precisas de la voluntad, que disponen inmediatamente á la acción. Si, al contrario, la oración está destinada á permitir al alma encontrar á Dios desde luego, para conversar con Él y unirse á Él en el reposo activo del amor; si se dirige á hacer un contemplador más bien que un trabajador, un orador más bien que un apóstol, el método exige menos trabajo abstracto al espíritu, menos resoluciones actuales y determinaciones precisas á la voluntad. Sin perdonar estas cosas, haciéndolas una parte legítima y necesaria, ella esperará más de la simple mira del espíritu, de los sentimientos del corazón, de las aquiescencias apacibles de la voluntad. Ella fijará la mirada del alma sobre Dios, sobre Jesús, sus misterios y su espíritu; sobre su interior y sus sentimientos más que sobre sí misma; sobre

sus deberes que cumplir, y sobre sus pasiones que reprimir. Que no excluya el alma al trabajo santificador, homenaje necesario de toda verdadera religión: así como el método de la oracion que forma al obrero apostólico no podría excluir la unión á Dios, el reposo en Dios como término de sus actos diversos. Pero combinando estos dos elementos necesarios de la oración, este método dará más al trabajo sobre sí mismo, y aquél más á la contemplación de Dios: el primero conducirá más á la discusión de los actos personales, y el segundo á la alabanza de las perfecciones divinas.

El Padre Eymard, reemplazando en su plan de vida espiritual, tal como lo estableció para las almas llamadas á servir á la Eucaristía, la oración por la Adoración del Santísimo Sacramento debía adoptar un método que favoreciese sobre todo á la contemplación, la alabanza, la conversación, la unión con Dios. La Adoración, en efecto, debe hacerse á los pies del Santísimo Sacramento, sea al pie del trono de la exposición solemne, sea ante el Tabernáculo, cuya lámpara ardiente anuncia al Dios Vivo que le habita.

El hecho sólo de esta presencia reclama que el adorador, saliendo de sí mismo, fije

todos los pensamientos de su alma sobre la augusta Persona del Dios Hombre que le muestran los velos transparentes del Sacramento. Aun parece que se faltaría á grandes conveniencias si se ocupase más de sí propio que de Él, sin darse bastante cuenta de lo que reclama su próxima presencia. Por necesarios que sean el estudio y la reforma de nosotros mismos, parece que, presentándose tan claramente á nuestras miradas el Dios oculto que desea tanto ser reconocido, nos solicita que le estudiemos, que le conozcamos, que nos dediquemos á Él; procura luego bajar á nosotros mismos, seguros de que jamás veremos lo que somos, hasta que hayamos visto bien lo que Él es. *¡Noverim te, noverim me!*

Aun más; queriendo que el Adorador una su oración á la que, detrás del velo Eucarístico, verdadero Santo de los Santos, Jesús, el único Pontífice, ofrece á su Padre, y que es la continuación de su Sacrificio, es decir, de su muerte, verificada por la mañana en el altar, el P. Eymard debía buscar un método que permitiese al Adorador apropiarse los actos, los homenajes, los sentimientos y los deberes, cuya expresión solemne y perfecta es la Misa. Pues bien; por la Misa ó por su Sacrificio,

Jesucristo rinde á Dios cuatro principales homenajes, que el Concilio de Trento define: la Adoración, la Acción de gracias, la Reparación ó Propiciación y la Oración. Estos cuatro homenajes resumen todos los deberes de la Religión, es decir, el reconocimiento teórico y práctico de todos los lazos que unen al hombre con Dios. Santo Tomás ha definido en estas breves y profundas palabras la religión del hombre hacia Dios: «El hombre está obligado y ligado para con Dios, sobre todo, por cuatro razones: á causa de su Majestad soberana, compuesta de todas sus excelencias divinas; á causa de sus beneficios pasados, testimonios de su amor y su bondad; á causa de las ofensas cometidas hacia su santidad, que le hacen deudor de su Justicia; á causa de los bienes que son necesarios para el porvenir del tiempo y de la eternidad, y que no pueden obtenerse más que de su bondad liberal y rica de todos los bienes (1).

Cada uno de esos homenajes encierra una multitud de las virtudes más preciosas y más

(1) Homo maxime obligatur Deo propter majestatem ejus, propter beneficia jam accepta, propter offensam et propter beneficia sperata. I.ª 2 ae. q. CXII, a. III ad. 10.

necesarias; todos cuatro contienen todo lo que puede expresar el reconocimiento de las perfecciones y de los derechos de Dios, la confesión de todos los deberes y de todas las obligaciones del hombre. Pues no hay en realidad más que una oración de todo punto perfecta: la Santa Misa; cualquiera otra oración vale únicamente por su unión más ó menos grande con esta oración personal de Jesucristo. Lo mismo sucede con las virtudes cristianas que componen, con los homenajes de la oración, la religión del hombre hacia Díos; ellas no valen sino según la medida en que tomen su origen y se consuman en el Sacrificio de Jesucristo. No hay, pues, para el cristiano ninguna forma de oración más perfecta que la participación en espíritu y en verdad del Santo Sacrificio. Pero nótese bien, que durante todo el tiempo en que el Cristo guarda en el Sacramento el estado de víctima inmolada que revistió al ofrecer á su Padre su muerte misteriosa, pero real en el Sacrificio de la Misa, continúa la religión expresada entonces, y los homenajes rendidos entonces por la continuación de este estado rindiéndolos á su Padre, y todos los días y las noches en la permanencia de su estado de víctima anonadada, bajo las

especies de pan y vino, adora á la Majestad, da gracias á la Bondad, hace reparación á la Justicia é implora la Liberalidad de Dios.

He allí lo que inspiró al P. Eymard su método de adoración que llama Método de los cuatro fines del Sacrificio. Considerando á los adoradores en presencia de Jesús, ¿el Adorador perfecto podría pedirle alguna cosa más oportuna, más conveniente y aun más necesaria que unirse al Maestro de la oración, al Pontífice en el ejercicio de su oración, y orar como Él, con Él y por Él?

Él pide, pues, á sus discípulos que procuren, ante todo, en sus adoraciones producir actos de Adoración, de Acción de gracias, de Reparación y de Oración; dirigirlas á Dios Padre, Mediador y Pontífice; dirigirlas también al mismo Jesucristo, que es Dios y Sacerdote y Fin eterno de todas las cosas, al mismo tiempo que mediador entre su Padre y los hombres.

Mas como estos homenajes deben nacer de todo lo que Dios nos ha revelado de sus Excelencias, de todo lo que su Bondad nos ha dado, de todo lo que debemos á su Justicia, de todo lo que esperamos de su Plenitud infinitamente buena, el P. Eymard enseña á sus discípulos á descubrir en todas las verdades, en todos los

misterios, en todos los asuntos de meditación, en una palabra, los asuntos de Adoración, de Acción de gracias, de Reparación y de Oración que ellos contienen necesariamente. El mismo Padre les enseña los actos de virtud que comprende cada uno de estos homenajes primordiales para ser bien rendidos: unos que convienen mejor á la Adoración, otros á la Acción de gracias; éstos á la Reparación y aquéllos á la Oración. Y, por último, no pudiéndose descubrir estos motivos, estos actos ser bien producidos, más que por cierto trabajo de las facultades y de las potencias, el P. Eymard pide á la inteligencia, al corazón y á la voluntad su concurso regular, que reclaman todos los métodos de oración. Así se ve á todo el ser exterior emplearse en producir sucesivamente, en unión con el Pontífice Eucarístico, los homenajes de la grande y perpetua oración de su Sacrificio.

Bajo el punto de vista estrictamente metódico, cada uno de estos homenajes debe sucederse en el orden en que el Concilio de Trento enumera los fines del Sacrificio Eucarístico: Adoración, Acción de gracias, Reparación, Oración. El P. Eymard recomienda también que se divida la hora de Adoración (pues

exige que la Adoración dure ordinariamente una hora) en cuatro cuartos de hora, y consagrarse respectivamente á rendir á Dios los cuatro grandes homenajes. No obliga absolutamente á medir el tiempo con estricta precisión, pues se puede, si la gracia mueve á ello, prolongar tal ó cual homenaje más que los otros.

Mas, cualquiera que sea el tiempo dedicado á cada uno, la sucesión de estos cuatro pensamientos facilita singularmente el ejercicio de la Adoración aun para los más inexperimentados, pues se hace como cuatro oraciones sucesivas de un cuarto de hora cada una, enlazadas juntamente por la unidad del mismo asunto, pero variadas por cuatro los diversos puntos de vista bajo los cuales se le hace pasar, y en cada uno todas las facultades entrar en juego, para sacar de ellas los motivos diversos de los cuatro fines, y producir los actos de las virtudes propias á cada una. ¿Qué cosa puede haber más sencilla, más elemental y más fácil? La misma verdad repetida cuatro veces al día de diferente manera: 1.º de la Adoración ó de las Excelencias divinas que se reflejan en ella; —2.º de la Acción de gracias y de los rasgos de la Bondad divina que presenta, y de los beneficios que nos recuerda; — 3.º de la Reparación y de las diferencias que manifiesta, y lo que deberíamos ser para satisfacer á los deberes que ella nos revela;—y 4.º de la Oración y de las gracias cuya necesidad conocemos para cumplir las obligaciones que ella nos impone.

Tal es el método de los cuatro fines del Sacrificio. ¿No se ve claramente que por este método de Adoración hacemos que nuestra oración participe de una manera particularísima de la oración augusta de Jesucristo, y que unimos nuestra religión privada á la religión pública del Santo Sacrificio; que nos ponemos, por consiguiente, en una estrechísima relación con el Pontífice Eucarístico, y que honramos muy directamente su estado y su acción en el Sacramento?

Para facilitar el ejercicio, vamos á enumerar los actos de las diferentes virtudes que pueden ser producidos por nuestras diversas facultades para expresar los homenajes de cada uno de los cuatro fines del Sacrificio. No obliga en manera alguna que se hagan cada vez los actos de todas estas virtudes. Los ponemos en lista para que puedan escogerse, según la naturaleza del asunto, ó la disposición del alma, ó el movimiento de la gracia, los actos que más agraden.

III.

Actos de las facultades y de las virtudes en cada uno de los cuatro fines.

I. — Actos y virtudes del primer fin.— La Adoración, considerada como el primero de los fines del Sacrificio, tiene por objeto el reconocimiento de la Majestad divina, dice Santo Tomás: *Propter Majestatem;* y, como dice en otra parte: todo lo que compone su excelencia es sobre toda criatura: las bellezas, las perfecciciones, las amabilidades de Dios; todo lo que constituye su ser infinito. Y con relación á nosotros, sus derechos soberanos de primer Principio y de Fin supremo, de Criador y Conservador de todo lo que somos.

Los **actos del espíritu** en la Adoración son: *la fe* á la verdad propuesta como asunto de Adoración, á la palabra, á la autoridad divinas; *la inteligencia* sobrenatural de esta verdad; *la contemplación* de las perfecciones y de las amabilidades de Dios que se manifiestan en ella; *la admiración; la alabanza.*

Los **actos del corazón** ó de la **voluntad afectiva** son: *la complacencia, el deseo, la benevolencia, la alegría.*

Los **de la voluntad** propiamente dicha: *el don, la tradición de nosotros mismos* á las excelencias, á las perfecciones, á las amabilidades, á los derechos, á la soberanía de Dios; y este don no se puede manifestar como conviene, sino por una especie de *anonadamiento de nosotros mismos* ante tanta grandeza, tanto esplendor de los derechos tan altos, una majestad tan sublime. *La humildad, la sumisión absoluta, el abandono sin reserva, el santo temor, el silencio religioso y profundo,* son las expresiones que convienen á rendir este anonadamiento de la criatura ante su Criador, á quien adora.

II. — Actos de las virtudes del segundo fin.—La Acción de gracias tiene por objeto los dones, los beneficios de Dios: *Propter data,* tales como nos son manifestados en la verdad que meditamos; por consiguiente, su objeto formal es la bondad y el amor de Dios, probados por sus beneficios.

Los **actos del espíritu** son los siguientes: *consideración* de la parte que ejercen la bondad y el amor de Dios en la verdad propuesta, por las vistas, los designios misericordiosos que se revelan en él; *recuerdo y enumeración* de los beneficios relativos á esta verdad, que hemos recibido en nuestra vida pasada ó que recibimos todavía; *estudio* del valor, de la grandeza, de la magnificencia de estos beneficios, sacada de las diversas circunstancias que les dan más ó menos valor; *la gratitud; la grandeza del donante; la indigencia y la indignidad del donatario; la continuación de los dones*, á pesar del abuso ó el poco provecho; *la admiración; la alabanza.*

Los **actos del corazón** son: *el amor de reconocimiento*, *la complacencia y la alegría*, *la bendición y la jubilación*, *las efusiones de gratitud y de ternura*, *la dicha y el reposo*, *el silencio de beatitud.* Estos actos salen de las consideraciones de espíritu enunciadas más alto, el corazón siguiendo al espíritu en vista de la bondad divina y la revista de sus dones.

Los **actos de la voluntad** son: *el reconocimiento efectivo*, *testificado por las protestas de fidelidad* hacia un benefactor tan magnífico; *la humildad*, ó la aceptación muy humilde de la situación de *deudor* y *de obligación insolvente; las resoluciones* de no *servirse de sus dones más que por su gloria*, de rendirle el fruto de estas semillas de su liberalidad; *las promesas* de establecer un comercio espiritual con Él, y, por último, *el don de sí mismo*, de todo lo que tenemos, de todo lo que somos, de todo lo que hagamos, *en testimonio de reconocimiento y á cuenta de nuestra deuda.*

III. — Actos de las virtudes del tercer fin. — La Propiciación ó Reparación tiene por objeto las ofensas y las insuficiencias que se encuentran en nuestra vida, respecto la verdad de que meditamos y que nos descubre esta meditación: *Propter offensam.* La reparación supone primeramente la confesión de la falta cometida hacia la Santidad de Dios y la aceptación de la deuda contraída hacia su Justicia; después, por la oración, la entrada en favor cerca de su Misericordia. El objeto formal de la Reparación es, pues, apaciguar la Justicia y ganar después la misericordia de Dios.

Actos del espíritu.—*El examen ó la atenta*

012268

consideración del contraste de nuestra vida con la verdad propuesta, sea por nuestros pecados formales, sea por nuestras imperfecciones; *la meditación de la gravedad de este estado*, *de la gravedad y del número de nuestras faltas*, *de las consecuencias* que este estado y estas faltas arrastran ante Dios, ante Jesús sobre todo, ante nuestras obligaciones para con el prójimo, ante nuestra vocación en el tiempo y nuestro porvenir en la eternidad, la confesión sincera y humilde de todos nuestros errores.

Actos del corazón.—Estos consisten sobre todo en el *amor humillado*, *la compunción*, *el destrozo del corazón*, *la contrición*; el disgusto, la amargura, el temor saludable, la santa tristeza, el horror del pecado; *la compasión*, *la piedad sobre todos nosotros como víctimas del pecado*, *la compasión sobre Jesús sobre todo*, primera, universal, inocente y dulce Víctima de nuestros pecados.

Actos de la voluntad.—*La detestación y el aborrecimiento al mal*, *la huida de sus ocasiones*, *la ruptura de sus lazos*, *la conversión interior*, *el propósito firme*, *la satisfacción y la resolución de hacer penitencia*, *la humillación* voluntaria, la aceptación de todas las penas que Dios puede imponernos en expiación de todas nuestras faltas, y por último, el *don de nosotros mismos*, en el anonadamiento humillado del pecador: á la Justicia, para que ella se satisfaga en este mundo en nosotros; á la Misericordia para que tenga piedad, tenga paciencia y nos conceda nuevas gracias; á la Santidad para que nos restaure y nos transforme.

IV. — ACTOS Y VIRTUDES DEL CUARTO FIN. — La súplica ú oración tiene por objeto los dones, los beneficios y las gracias que hay que pedir á Dios para el porvenir, así como la acción de gracias tiene por objeto dar gracias de los beneficios ya recibidos: *Propter beneficia sperata.*—Ella tiene por razón formal la Bondad, la Liberalidad, la Plenitud, la Providencia de Dios que se trata de impetrar y de hacer atentas y generosas para darnos todos los bienes necesarios á nuestra indigencia de criaturas miserables. La vista de esta indigencia aparece necesariamente durante la *Reparación* en la consideración de las insuficiencias y de las faltas que hallamos en nuestra alma con respecto á la verdad propuesta como asunto.

Esta indigencia se había dejado ver ya por el contraste de las manchas del alma contempladas en la *Adoración*, con los beneficios y los dones reconocidos en la *Acción de gracias*.

Actos del espíritu. — *Vista* neta de nuestras necesidades; *consideración* de las gracias precisas que tenemos que pedir para hacer que nuestra alma aproveche todos los frutos contenidos en la verdad propuesta; *consideración* de la *Riqueza*, de la *Plenitud*, de la *Providencia* de Dios, quien, sin empobrecerse, tiene con que enriquecer á millones de miserables; *recuerdos* de las *promesas* por las cuales Dios se ha comprometido á dar, ó *hechos* ó *prendas* que muestren que quiere ser más liberal, habiéndolo sido ya tan magníficamente.

Los **actos del corazón** consisten en la *esperanza*, en la *confianza*, en los *deseos* vivos y ardientes avivados por el *sentimiento de lo que se ha recibido ya;* en el *sufrimiento* que uno experimenta de su indigencia; en la *piedad* por sí y por los demás, cuyas necesidades, idénticas á las nuestras, se conocen en la *caridad*, el amor *desinteresado*, *generoso*, *celoso*, *apostólico*, que hace que se desee y pida con insistencia lo que debe ser un bien para Dios ó para el prójimo.

Los **actos de la voluntad** son: la *oración formal* ó la *petición*, expresada por el corazón ó por los labios; la *oración repetida*, *obligatoria*, *perseverante*; la *oración humilde* y *humillada*, *llena de ardor y de abandono* al mismo tiempo; *deseando* lo que pide, pero más lo que sea del agrado de la Voluntad divina, que puede preferir, por razones conocidas de su insondable sabiduría, retardar en lugar de conceder inmediatamente, permitir el cumplimiento de la prueba en lugar de preservar de él; la *resolución de poner en obra*, en seguida y muy fielmente las gracias pedidas, la *petición* de los mismos dones *para todos aquellos que los necesitan*, y por último el *don de nosotros mismos*, la oblación de nuestro ser y de toda nuestra vida al Dios bueno de quien esperamos socorro, para pagarlos, á lo menos en pequeña parte, por el poco precio de lo mejor que podemos ofrecer.

Al terminar, es preciso dirigir una mirada sobre los deberes que van á seguir inmediatamente á la Adoración; pedir las gracias muy precisas que nos han de ser entonces necesa-

rias; después implorar, por la intercesión de María y del señor San José, la bendición de Nuestro Señor.

Los asuntos de adoración que van á leerse están compuestos solamente de estos diversos actos; si no los hemos especificado ni colocado en una evidencia metódica, es para permitir al piadoso adorador expresarlos por sí mismo según se sienta inspirado, y creemos que si es bueno sostener y reglamentar la oración, es preciso dejar á cada alma la tarea y el consuelo de hacerla.

MANUAL

DE

LA ADORACIÓN.